

## **EL ARTE IMPOSIBLE DE LA VIDA, JAVIER PÉREZ\_ANA LAURA ALÁEZ**

**Teresa Blanch**

*Article: Gran Bilbao, nº 2, pp 138-143, Bilbao, Spain 2002*

En nuestra diaria de construirnos como personas transferimos todo tipo de señales a nuestro exterior para que actúe como reclamo, tanto de lo que somos como de lo que deseáramos ser, de lo que creemos conocer pero también cuanto ignoramos de nosotros mismos. Esa delicada frontera por donde asoma nuestra privacidad, acaba por constituir un complejo territorio en el que se entremezclan precisamente las máscaras, las ilusiones y las inhibiciones que nos conforman a diario.

En realidad, las obras de los bilbaínos Javier Pérez y Ana Laura Aláez han sido de las más interesantes y radicales dentro del panorama español en plantear desde sus respectivas esculturas, instalaciones y dibujos, los aspectos más turbios y a la vez más delicados que atañen a ese perímetro externo desde el cual definimos las imágenes que proyectamos de nosotros mismos.

Ambos escultores entienden nuestro confín corporal como ese lugar de revestimientos múltiples en el que interior y exterior colisionan sin remedio. En sus trabajos los dos hacen alusión clara a esa conflictiva zona limítrofe del ser humano, conscientes pero de que toda individualidad se siente incompleta y por tanto pugna irremediamente por tender hacia los otros, hacia aquello que no se es, y de que toda interioridad conlleva en su seno el germen de un extrañamiento, de un desconcierto de sí misma, con lo cual las nociones de interior y exterior dejan de tener un valor absoluto, para convertirse en facetas equívocas y, en parte, intercambiables, en la conciencia del sujeto humano.

Javier Pérez (Bilbao, 1968) se refiere muy concretamente a esa reversibilidad. Y desde la certeza de que somos, antes que nada, seres biológicos trata de rescatar los sistemas de funcionamiento de nuestro interior para verterlos al exterior. Ir a la materia de la que estamos formados es una nueva forma de conocimiento, desdramatizada, para acercarnos a nuestra conciencia. Teje así laboriosos envoltorios (con estructuras de crines, intestinos, nervios o vísceras) a modo de órdenes de seducción que no parecen entresacados del cuerpo carnal y mortal que somos, ya que nos atrapan por su deslumbrante e inquietante apariencia. Aúna así lo percedero y lo eterno, lo constreñido y lo diáfano, lo sensual y lo procaz, en unas poéticas basculaciones de las que se sirve para referirse a nuestras polimórficas identidades. Es su particular talento transformador lo que le permite entrar en esa corporeidad oscura, como un fino geómetra de la naturaleza que busca reinstaurar su lado no convencional, pasando a convertir en bello lo aparentemente terrorífico que subyace en las vulgares sombras de lo corpóreo. La enorme caverna de cristales que suspendió sobre nuestras cabezas en un trepidante centelleo de luz y un incesante parpadeo de sonidos, en el Pabellón Español de la reciente Bienal de Venecia, resume ese constante reto de Javier Pérez por enfrentarnos a situaciones límite y altamente sensoriales de la experiencia corporal, que en sus manos se torna espiritual, abstracta y liviana.

Las escenificaciones del deseo en las que, por otra parte, trabaja Ana Laura Aláez (Bilbao, 1964) hacen hincapié en el sentido carnavalesco de la vida.

La artista se compromete con la naturalidad vital que subyace en los artificios asimilados que adherimos a cada uno de nuestros cuerpos. Para ello elabora accesorios corporales, construye estancias muy sintéticas para el recreo de los sentidos y narra sus propias transformaciones personales en fotografías y videos, como ha hecho en su reciente presencia en el Pabellón Español de la Bienal de Venecia, ayudada por un esencial y atrayente recorrido espacial. Deja así fluir un sinfín de signos sobre ese extravío de nuestras privacidades, yendo al fondo de nuestros propios camuflajes e histrionismos. Con sus indumentarias, adornos y artilugios corporales, el cuerpo en sí mismo se convierte en espacio de construcción deliberada de nuevos personajes. En él se agolpa un torbellino de identidades que hace estallar la idea de la mística personal, insondable e imperturbable, para adentrarse en territorios donde lo hedonista, lo inestable y lo transitorio emergen como resortes básicos. Con esos atributos quiméricos arrojados al exterior la artista celebra el apego a la vida quedemostramos en esa belleza fabricada a diario esforzadamente. Ella juega perversamente con los mecanismos percederos de la misma, con la volátil representación de nuestro universo interior en esa superficie externa dondenos prolongamos para sucumbir, sin embargo, a nuestra propia vulnerabilidad.

Con una manifiesta irreverencia por los límites, la artista crea iconografías de saturada vida periférica, donde supuestamente fortificamos nuestra subjetividad, para envolver la fantasía disonante de lo postizo en oleadas de conmovedora sensualidad. En definitiva, para dar una oportunidad de logro íntimo al sentido de la deriva que preside nuestra construcción como individuos.

En la fabricación de esas carcasas del deseo, ambos artistas bilbaínos combinan una gran depuración con un alto sentido de la estática. Ello les permite acercarse, con una eficaz personalidad desde sus respectivas visiones, a la representación de unas muy sofisticadas y engañosas formas de belleza que se erigen como símbolo de lo perecible y mutable de nuestro devenir.